

De un inicio que parece el final

Hay un hombre que no tiene recuerdos, o si los tuvo no los recuerda. Así enfrenta, y derrota, jornada tras jornada, a la muerte, pero él olvida tales sucesos como si jamás hubiesen existido. El combate prosigue hasta que un día el hombre recobra milagrosamente los recuerdos y la muerte lo enfrenta y le vence.

De cómo descubro que mi padre está infectado y yo, luego de algunos extravíos, intento preparar un viaje

Quien encuentre la palabra hospital por alguna parte será el inevitable ganador de la noche. Un cartel profiere consignas patrióticas, otro anuncia festividades por llegar. La palabra hospital escasea en el hospital al que entro con urgencia de hijo pródigo y herido. Una palabra que deja al aire ciertas resonancias. Depende del tono. Y ese es mi tono, una exclamación que renuncia a ecos menos normales.

No hay palabra más poderosa. O más real. Y de realidades ni hablemos, porque ya el mundo, mi mundo, dejaba de ponerse real para transponer un territorio que no poseía nombre propio.

Una mujer gorda me alumbró con su linterna.

Yo no estaba enfermo, de la manera en que se enferman los que se enferman. Permanecía sano, aunque la sanidad fuese el último de mis accidentes.

Entonces caí en cuenta de que estar sano resume la desgracia de navegar en sitios como este, mostrando tu burguesa estabilidad física.

Si no estás enfermo, procura aparentar que podrías estarlo. Simple como ecuación de permanencias.

Yo llevaba un recipiente atestado de las heces casi mortuorias de mi padre, fecalidad digna de ilustres hombres en el suburbio.

La gorda portera puede aparecer en una película que imite los rastros de Kafka. No pasarás, dice con la energía de algún personaje monstruoso.

Mi padre anega sus excrecencias en lombrices, signos blancos de una enfermedad oscura e invencible.

Todos se entretenían en situaciones veleidosas, por lo que no me persiguieron mientras me confundía con los transeúntes de un pasillo largo y tan mal alumbrado como los amontillados que esgrimían ambiguos edictos hospitalarios, flechas hacia partes disímiles, esquivando nombrar las direcciones para condenados a salas de Obstetricia, Rayos X, Ortopedia y Curación.

Ninguna señal me acerca al Laboratorio y aún los gritos de la portera retumban en aquella película de Andrew Merenski sobre Brahms recluido en una clínica psiquiátrica: el ejecutor persigue a la víctima, un corredor interminable los cobija. La mirada de la cámara procura ser falsa, el resplandor de la víctima no entra al ángulo diseñado para reprimir la cercanía del perseguidor.

En mis películas los malos aceptan el despropósito de ser malos y pierden con estoica o resignada humildad.

Puedo hallar el Laboratorio y esa rubia pequeña aprieta el recipiente con las pruebas de monstruos en mi padre. Ve papeles que evacuan las filtraciones de dolor, fiebres continuas.

Pero nadie acierta. Las palabras del médico bailotean bajo una sombra prescriptiva. Padre posee un sentido de la enfermedad, invisible, luego confía en mi ejercicio de hijo renegado y que descrea de estudios anteriores.

Mi padre procura testamentar a favor del hijo pródigo.

Él y yo desde los tiempos en que las enfermedades parecían males ajenos y futuros, y mi madre no escapaba a una casa remota.

La rubia pequeña revuelve heces, mezcla con algo llamado eosina, los parásitos nadan en playas de formol. Después bombardea con la historia lombricida de Cuba. La patria es una lombriz, en forma y en contenido. Después vuelve sobre gusanos, parásitos, larvas, extiende su epopeya lírica por los campos de insurrección armada. No vomito porque no sé vomitar. Giardias, amebiasis, nemátodos con caras de se busca al asesino.

Dice ascaris. Como si hablara de mariposas inglesas. Culebrilla susurrante y tierna.

Las alucinaciones inundan a mi padre. Ve perros coloreados por franjas silvestres. Ve pájaros de su tamaño que llegan a casa y preguntan por él.

Mi padre supone que soy parte de la alucinación cotidiana. Permanezco hasta que desfigure mi imagen.

Ascaris. Leviatán. Lombriz purulenta.

La rubia pequeña prefiere que las pruebas demuestren sus conjeturas. Muchos de esos reptiles navegan sangre adentro. Ponen los huevos cerca del intestino y más tarde son empujados afuera. Nacen allí y vuelven a entrar. La selva cíclica.

Mi padre necesita medicamentos con urgencia.

La culpa es de mi madre.

La culpa será de los labradores chinos que usaron la mierda como abono, dice, replica, intenta probabilidades la rubia pequeña.

Hay variaciones en el curso, prosigue. El tratamiento no puede ser igual porque la evolución y el tránsito del parásito varían. No conoces en qué zona se mueve y qué lugares o a qué miembros perjudica. Si descubrimos el tipo de ascaris sabremos cómo replicar.

Hay que construir una redada infalible, hablo sin perturbar su discurso.

Es improbable que en este hospital se pueda. Incluso, en cientos de hospitales a la redonda. Existen buenas intenciones, buenos métodos de examen, pero sin tecnología somos demasiado frágiles.

La rubia pequeña esgrime con demasiados gestos.

La Habana. El coro de enfermeras como si fuesen unos parasitados niños de Viena. El coro de médicos pululantes, cual aullido de algodoneros en Nueva Orleans.

Ir a La Habana con un recipiente lleno de ofidios desterrados.

Ningún entusiasmo, muchos dolores. Tales las cuentas de una travesía que comienza sin comenzar.

Voy a La Habana a probar que en padre se rompen los ciclos vitales de los ascaris, después que invierten la forma de ovulación

y pueden nacer en el interior, después que la serpiente vence sustancias químicas como si fueran elixires, oxígeno.

No había reactivos. No había displicencias por el prójimo. Cero tecnologías. Y en cero comienza este viaje. El número programado para descarnar los números que no serán inferiores.

De por qué Mozart imita a Brindis de Salas o cómo hablo de quién soy y para qué sirvo

Raspo música en ciertos restaurantes, clubes lóbregos y casi funerarios. Boleros tóxicos. Muzio Clementi pasado por trova vieja. Mozart frito con espárragos mexicanos.

A veces toco la trompeta. Nada del otro mundo. Dizzy Gillespie es un extraterrestre. Louis Armstrong vive bajo un iglú de la Antártida.

Muchas disonancias, contrapuntos, codas para extraviar la melodía extraviada de todos los que viven lejos de mí.

Raspo la música para suprimir insolencias. Tiempos malos. Olvido que a mi memoria faltan equívocos, elecciones. Ignoro si el arte reproduce lo que somos o de otra forma funciona al revés.

El revoltijo de resonancias. Me gusta Chopin. Me gustan los Cuartetos de Berlioz. Adoro las guarachas de Neno González o la Riverside. Debussy llega en pantuflas a mi casa. Mick Jagger va detrás, o delante. Inflamo delirios así. Mi estado de asociación es un estado de misteriosa fantasía.

Mi padre quiere que abandone la música. No sé hacer más. Para él resulta la injuriosa confirmación de que mi talento naufraga en un bote repleto de vagas seriedades.

Pérdida de tiempo. Pérdida del juicio. Pérdida del sentido de lo normal.

De qué está hecha la normalidad o cómo informo a mi padre de los males que padece y cómo preparo la travesía a La Habana

La Habana es el fin del mundo, dice mi padre alguna vez.
Le creo ahora.

Más bien el comienzo del fin. Y aunque como respuesta rozara una exageración, no exagero.

Una línea en el horizonte. Todas las líneas hacia un único horizonte.

Hablamos de culpas otra vez.

Mi padre acusa a la higiene. A la cívica ciudadana. A insalubridades alimenticias. Al deterioro del proceso hospitalario. A bloqueos y a quienes hablan de bloqueos.

No intento corregirle la puntería (por una vez no dispara hacia mi madre).

Balas inútiles, dirá.

La culpa es de los labradores chinos, desvíó el curso del disparo.

Se resigna. Pero su idea de culpa no yace tranquila. Todo lo que pueda caber en su horizonte.

Lo consuelo. ¿Lo consuelo? En este momento no hay mentiras a mano. El susurro de mi duda aplasta aquello que parece vivo en él.

Nada me impedirá tener impulsos que me lleven a las terminales de la ciudad mendingando boletos para mí y unas heces rumbo a La Habana.

No hay hermanos procelosos a la vista. Cero viaje. Escucho sin resignaciones, y mediante ellas, las rústicas excusas de los empleados naufragando en el cero.

Ruego por ómnibus que desaparecen. Pido clemencia al santo Giovanni Battista Grassi, que ingirió huevos de ascaris para des-

cubrir los del mismo parásito en su defecación. Pido clemencia a Koino, que comió dos mil huevos de ascaris para experimentar otra forma de cura.

Voy a dependencias que otros llamarían humanitarias. La clase social exprimida por clamores vacuos.

Un hombre nutrido con casos filantrópicos y a quien reclamo, con la tolerancia de las lombrices, un auto urgente.

Evito comprender que mis utilidades como raspador de música me provean el dinero sonante para engullir los tramos de un viaje odiseico.

La burla del hombre que se alimenta con los casos filantrópicos es siniestra.

Cero combustible, menos para un auto que llevaría mierda a La Habana.

Si mi vida se contase como la de un héroe. Pero no. No he golpeado como supondría la mitad del universo. Estaré a tiempo alguna vez.

De cómo conozco a Diez Negritos y comienzo el viaje

El horizonte, los árboles, la deglución de un asfalto corroído, las casi aldehuelas que concurrirán en pueblos tardíos, escuálidas vacas, inertes campesinos sembrando hacia surcos que parecen movedizos, y un cielo que me consigna a esta aventura impredecible. La música que Johannes Brahms compone a su padre ahora toquetea mis oídos. La sonata transcurre en un lecho mortuario: el viejo contrabajista, veterano entre bares y burdeles de Hamburgo.

La música imaginaria en mis oídos no dejará que esté solo.

Viene alguien con ritmo cansino. Muy negro. Colgando de sus hombros algo que parece un saco.

Imagino la circunstancia inmortal y milagrosa. Quizás los negros sean músicos de una corte idílica. La voz enronquecida de Louis Armstrong, la trompeta de Gillespie, el piano desnudo para que Miles Davis toque con aire del Harlem neoyorkino, los rugidos trémulos de Sarah Vaughan y Tracy Chapman, Charlie Parker acompañando a Dinah Washington en París, Ray Charles a Bessie Smith, y el Duke Ellington destrozando teclas inexistentes, lo que Bob Marley hace con su garganta después de navegar en lagos de alcohol, heroína y mambo medley. El ambiente de los boopers, el bebop y el rap.

El recién llegado saluda como si fuese el amigo de ayer mismo.

Casi podría serlo. Lo llamaré Diez Negritos, sin que la trampa racial esté cerca.

Qué trae en el saco. Qué esconde. Acaso me importaba vigilar más allá de mis secretos para descubrir que existía una vida imperfecta fuera de mí.

Donde conozco a otros personajes, hay peces peleadores y sigue el viaje

Yo no aspiraba a una vida perfecta, pero algo que podría parecerse no estaba ni remotamente cerca.

Diez Negritos y yo esperamos en la misma carretera desolada. Los únicos ruidos pertenecen al bosque cercano. Lo que llamaré bosque. Lo que llamaré ruidos.

Varias personas se acercan. Una anciana con un niño, el niño con una pecera minúscula, y en ella dos peces peleadores. Los peces pelean, pero el agua no resulta lo transparente que podría ser: hierbas, helechos, malangas acuáticas, un caracol, dos soldaditos plásticos, sembrados en la arena movediza.

Detrás de la anciana y el niño viene un hombre. Experto en Pascal, anunciará después. Algunas de sus teorías, refutadas o ensanchadas, yacen escondidas. También se confunden allí papeles sobre el moralismo de Séneca, un manual diseccionando una falsificada y extraña lengua, el libro que refiere la influencia de la arquitectura dórica en urbanidades occidentales (imágenes del Partenón ocupan varias páginas).

Abre sus secretos. Aunque la apariencia es solo la apariencia, nunca estaré a salvo de personajes así.

En la pecera el ambiente parece tranquilo. El niño provoca a los peces, con un dedo los aproxima, crea una ola, un remolino que agita plantas y hace caer a los soldaditos plásticos.

El de la cola verde blanca ataca primero al de la cola gris azulada.

Diez Negritos contemplaba animado a los peces.

La anciana habla con el hombre que llamaré Pascal. Casi sonreímos cuando confesó haber sido cocinera de ilustres mambises. La última cena de José Martí, escudriñada por sus aliños silvestres

y exquisitos. Almuerzos de campaña para Máximo Gómez. Recetas suntuosas. Retratos de oficiales ante platos exuberantes. Recita batallas en la memoria.

Qué edad tiene la mentira, dice Pascal huyendo de la anciana histórica.

La culpa es de los libros que venden, me secreteó segundos después. Libros de Historia que trastornan a la gente. Comida verdadera para roedores.

Pensé en los ratones que transmitían el ascaris y se alimentaban de libros, iba a decirle a Pascal, la culpa, quién lo duda, échela sobre labradores chinos, pero me silencié cuando Diez Negritos preguntó a la anciana histórica sobre comidas predilectas de esos patriotas.

Guisados, ajiacos, carnes de cuanto animal se moviera.

Así de simple, y de presumible, quería abundarle a Diez Negritos. Presumible como aseveración. Ignoro si habrá un libro de los mal llamados históricos que procure decirnos lo que no sabemos.

Odio a los peces, me susurró Pascal. Odio mucho más a quienes ganan y defienden su estatus como única prueba de supervivencia.

La misma revancha sangrienta y absurda que entonábamos. La misma sinfonía.